

## ORAR EN EL MUNDO OBRERO

### XXV DOMINGO T O A (21 de septiembre de 2014)

**Argós (=inactivo) puede significar «parado» o «perezoso». Mirar a los parados como a “holgazanes” es una verdad que está grabada a fuego en la mente de los ideologizados por el capitalismo.**

**VER:** la ideología que manifiesta la “derecha” actual.

Sabemos que los ricos “roban legalmente” (la Constitución capitalista lo permite) la riqueza económica que se produce en el mundo y que pertenece a todos (“los ricos cada vez son más ricos” y los pobres cada vez más pobres). Son ellos los que imponen (¡qué poca resistencia obrera!) las leyes económicas. Ese robo legal se llama capitalismo. Y el sistema económico actual, además de ladrón, es asesino, o como dice el papa: “esta economía mata” (EG 53).

¿Y qué hace el Estado inserto en este capitalismo? ¿Cuál es su política? Desde hace treinta años ponerse sin excusas a las órdenes de su amo el Capital, pues este Estado de fantoches cree firmemente que “fuera del capital no hay salvación”.

Tras 30 años de neoliberalismo, ¿desapareció la lacra de la pobreza? NO. Más aún, la INEQUIDAD (desigualdad) se ha hecho tan abismal que merece el nombre de desigualdad epulona, creación propia de seres viles y sin cerebro, más indeseables aún que el rico de la parábola de Jesús.

En el año 2000 el salario medio de un director ejecutivo era **531** veces mayor que el salario medio de un trabajador fabril. En agradecimiento, la contribución de estos directores a la sociedad está a la vista: incrementar la cola de “personas *redundantes*”, (es decir, sin empleo).

Los que defienden el neoliberalismo saben perfectamente que las teorías del “derrame” son una memez. Estas teorías «suponen que todo crecimiento económico, favorecida por la ley del mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, jamás confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante» (EG 54). La “riqueza acumulada por las clases ricas no se ha “filtrado” en absoluto hacia abajo ni nos ha hecho más ricos al resto, ni nos ha hecho sentir más seguros y optimistas respecto a nuestro futuro y el de nuestros hijos, ni tampoco nos ha hecho más felices...”. Como dicen los “ricos”: “¡Qué tonterías ha de oír uno!”

El 20 por ciento más rico de la población consume el **90 por ciento** de los bienes producidos, mientras que el 20 por ciento más pobre consume el **1 por ciento**. ¿Es que son más hijos de Dios los ricos que los pobres? Ante esta situación los señores del mundo están desarrollando, como respuesta, « una globalización de la indiferencia» (EG 54).

**La décima parte más pobre** de la población mundial pasa hambre de forma habitual; muy pocas veces puede proporcionar la educación más básica a los hijos; casi siempre viven en lugares donde no hay seguridad social, ni seguro de desempleo...

Estos días hemos sido informados de la enésima terrible situación que se vive el Próximo



Oriente. Ahora el problema se llama Estado Islámico. EEU está reclutando naciones para hacer frente a este estado asesino. Bien. **¿Para cuándo se va a luchar de verdad contra las causas de la pobreza y la desigualdad en el mundo? ¿Cuándo vamos a reformar la constitución capitalista?**

Una de las dimensiones de mi compromiso ha de estar implicada en la lucha contra la inequidad inicua de este neoliberalismo ramplón y su ideología de la indiferencia ante el sufrimiento de los obreros.

2

---

Los trabajadores gritan por el pan / los comerciantes gritan por los mercados.

Padecía hambre el parado. Ahora / padece hambre quien trabaja (...)

Los que roban carne de la mesa / predicán resignación.

Aquellos a los que están destinados los dones, / exigen espíritu de sacrificio.

Los hartos hablan a los hambrientos / de los grandes tiempos que vendrán.

Los que llevan la nación al abismo / afirman que gobernar es demasiado difícil para el hombre sencillo. [Bertolt Brecht]

---

## EVANGELIO (Mt 20, 1-16)

<sup>1</sup> Pues el reino de los cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. <sup>2</sup> Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña. <sup>3</sup> Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo <sup>4</sup> y les dijo: "Id también vosotros a mi viña y os pagaré lo debido". <sup>5</sup> Ellos fueron. Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo. <sup>6</sup> Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo: "¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?". <sup>7</sup> Le respondieron: "Nadie nos ha contratado". El les dijo: "Id también vosotros a mi viña". <sup>8</sup> Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz: "Llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros". <sup>9</sup> Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno. <sup>10</sup> Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. <sup>11</sup> Al recibirlo se pusieron a protestar contra el amo: <sup>12</sup> "Estos últimos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno". <sup>13</sup> El replicó a uno de ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario?" <sup>14</sup> Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. <sup>15</sup> ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?". <sup>16</sup> Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos».

### Explicación

Las haciendas de agricultores grandes y medianos eran cultivadas en aquella época por jornaleros (hoy obreros de sub-contratas y falsos autónomos), pues para el propietario resultaban más baratos que los esclavos (obreros propios), ya que no necesitaba gastar por un jornalero en caso de enfermedad, ni sufrían una pérdida en caso de muerte, como con los esclavos. El escritor romano Terencio Varrón (116-27 a. C.) aconseja tomar preferiblemente a jornaleros (hoy extranjeros) para trabajar en zonas insalubres y en labores arduas. Para estos «prescindibles» la existencia era una continua situación precaria, marcada por los ingresos mínimos, el paro, la desnutrición, el hambre, las enfermedades, el desahucio de la vivienda y la mendicidad. ¡Qué retrato tan fiel de la salida de la crisis anunciada!

Un denario era el jornal corriente para la mano de obra barata. 200 denarios al año por persona se consideraban el mínimo vital, por lo que un jornalero debía encontrar trabajo al menos 200 días al año, al menos para ir tirando. Por un denario se podía comprar entre 10-12 panecillos; por 3-4 denarios, 12 litros de trigo (para 15kg de pan aproximadamente) o un

cordero; por 30 denarios, un vestido de esclavo; por 100 denarios, un buey. Estos precios, desde luego, no estaban pensados para jornaleros.

El agricultor cierra un convenio-laboral-por-día con los jornaleros (ajustado al jornal de costumbre) y los envía a la viña. Si volver a contratar jornaleros a la hora tercia (hacia las nueve de la mañana) podría parecer normal, sus dos nuevas salidas resultan ya intrigantes, a la par que chapuceras. Igualmente crea expectación la cantidad que se pagará de jornal: «lo que sea justo» (v. 4). Lo más insólito es su salida a la hora undécima (una hora antes de la puesta del sol): ilos contratados a esa hora, que prácticamente sólo tienen tiempo para llegar a la viña y volver, van a cobrar simplemente por pasearse! El dueño les pregunta por qué están ociosos. Y la respuesta es muy sencilla: nadie los ha contratado. Parémonos a pensar en estos parados. ¿Qué clase de personas son? ¿Parados viejos o enfermos, que nadie quería? ¿Gente que se levantó tarde y perdió su oportunidad? Nada se dice, pero el narrador quiere que reparemos en estos obreros de la hora undécima. *Argós* (=inactivo) puede significar «parado» o «perezoso». Mirar a los parados como a “holgazanes” es una verdad que está grabada a fuego en la mente de los ideologizados por el capitalismo.

Pero aquella vez ocurrió algo inaudito en el pago del jornal: que los últimos, a los que el propietario nada prometió, cobren el denario entero es totalmente imprevisible y contradice la lógica de lo que se esperaría de un patrón (de entonces y de ahora). Veámoslo con un ejemplo tomado del historiador Diodoro: Una jornalera embarazada da a luz a un hijo durante el trabajo. Lo coloca sobre los matorrales y sigue trabajando para no perder el jornal. El capataz es alertado por los gritos del niño y pide a la jornalera que cese en el trabajo; pero ella se niega, porque necesita del jornal entero. Sólo por su obstinación se deja convencer el capataz y le da el jornal entero.

Ahora les toca el turno a los primeros. Tanto ellos como nosotros esperamos que cobren más, pero cobran lo mismo que todos: un jornal cada uno. Protestan porque el propietario ha quebrado arbitrariamente el principio de la justicia (aquí no se trata de egoísmo, sino de un debate sobre la justicia), al igualar a los que sólo han trabajado una hora con los que han soportado la carga y el sofoco del día. Se trata de una crítica que el narrador (es decir, Jesús) quiere que tomemos en serio, pues se trata de una idea que nos habita también a nosotros. Lo que se critica es que en vez de mantener entre los trabajadores las distinciones basadas en el rendimiento (hoy se habla de productividad), en vez de destacar la superioridad de unos en perjuicio del resto, ha efectuado una igualación solidaria. ¡No ha utilizado los salarios para marcar diferencias, sino que se ha servido de ellos para expresar igualdad y solidaridad!! [Veo a los capitalistas con las manos en la cabeza: ¡este hombre no tiene idea de economía!]

El propietario interpela directamente al portavoz de los primeros: defiende su modo de proceder, primero, desde la perspectiva de la justicia formal, que el portavoz ha invocado: él ha pagado lo convenido; no hay lugar a más reclamación. Se ha satisfecho el «principio de igualdad» a su manera: el salario debe corresponder al trabajo realizado. El querellante puede tomar lo que le corresponde e irse a su casa.

El propietario defiende luego su comportamiento alegando el derecho del propietario a hacer con sus bienes lo que quiera (el derecho a disponer no sólo de la propiedad, sino también a destruirla, se corresponde con la visión del derecho romano). Seguramente los oyentes de la parábola darían también su aquiescencia a este principio, pues por desgracia los pobres hablan demasiado a menudo el lenguaje de sus amos y adoptan la visión del mundo de sus señores; aquí la facultad absoluta de disposición de su propiedad.

Pero el final nos depara una sorpresa. El agricultor formula una pregunta personal que revela el verdadero móvil de su acción: él es bueno, aún sin estar obligado a serlo. Por el contrario ¿será la envidia lo que hace protestar al portavoz de los primeros contratados? Es la demoledora pregunta retórica que formula el agricultor con la metáfora corriente de los «malos ojos» y que dirige el narrador, de paso, a los bienpensantes obreros del primer mundo, es decir, a nosotros mismos.

¿A qué apunta el meollo del relato? A saber unir la justicia con la bondad y el don; a capacitarnos así para la solidaridad con los últimos ¿Podríamos actualizar este relato con los diferentes convenios, desigualdades salariales, diferencias de género...? Para los capitalistas es

impensable esta actualización porque el abismo entre el evangelio (ética religiosa) y la economía (ética dinerada) es infranqueable epulonamente hablando.

### **ORAMOS** (V. M. Arbeloa, Cantos de fiesta y lucha)

Padre nuestro que está entre nosotros  
Y que quieres que todos  
Te llamemos Padre;  
Que prometes tu reino de justicia  
A todos los que buscan lo justo en todas partes,  
A todos los que vamos por el mundo  
Armados de esperanza, igual que el emigrante.

Vamos buscando el pan de cada día  
—Pan que es también amor y paz y ciencia y arte —,  
A las buenas y a las malas,  
Con convenios, con huelgas y con plantes,  
Con encierros en salas y en Iglesias,  
Preparando plataformas de salarios  
O gritando por las calles,  
Juntando nuestras fuerzas, aupando nuestra sangre.

Intentamos al mismo tiempo perdonarnos  
El mal que nos hacemos y que hace  
Que el reino que esperamos y apuramos se retrase.

Pero no perdonaremos al amo que nos robe,  
Al ladrón señorito que nos ladre,  
Al tirano que quiera torcer nuestras ideas a sucio garrotazo,  
Ni al vampiro que nos hinque sus colmillos “legales”.

No pasamos por la burla o el desprecio,  
Y menos por la estafa o por el fraude  
Que quieren cometer con nuestro pueblo,  
Que quieren cometer con nuestra clase.

Mas tampoco queremos que el odio nos devore  
Ni la sucia venganza en la mano nos estalle.  
Queremos que todos, ladrones y tiranos, se conviertan  
Y en la mesa del pan y del trabajo se sienten y se hermanen.

Y esta es nuestra oración de esta mañana,  
La única manera de decirte: Padre...

